

UNA CARTA DE BLASCO IBÁÑEZ

El insigne novelista y querido amigo nuestro Blasco Ibáñez nos dirige la siguiente carta, que publicamos con mucho gusto:

Sr. Director de EL LIBERAL.

Distinguido amigo. He venido por unos días a mi patria. Creo que nada tiene de extraordinario que un español que reside en el extranjero venga de vez en cuando a España por gusto o por exigencias de sus intereses particulares. No he pronunciado discursos ni pienso pronunciarlos. Ningún periodista me ha sometido a interrogatorio para hacer públicas mis ideas sobre el presente conflicto europeo.

A pesar de esto, algunos diarios, faltos, sin duda, de tema más interesante, se dedican a hablar de mi persona y de mi viaje, suponiéndome intenciones de propaganda en favor de una intervención armada de nuestro país, para lo cual traigo conmigo un cargamento de razones sonoras y pesantes.

Lo disparatado de tales noticias me ha hecho sonreír durante dos días con cierta lástima; pero el carácter insidioso y «político» que van tomando lo que yo consideraba simples desorientaciones me obliga a salir de mi indiferencia y a restablecer la verdad, aunque ello disminuya considerablemente mi importancia personal, haciéndome pasar del rango de emisario secreto de las potencias aliadas, portador de millones, al de simple escritor que viene por unos días a conferenciar con sus editores de Valencia y se detiene en Madrid para visitar a antiguos y queridos amigos, a los que no ve ya hace cuatro años.

Ante todo, conste que soy enemigo de una intervención armada de España en el presente conflicto.

Partidario decidido de los aliados por una serie de razones que no es del caso enumerar, defiendo la conveniencia de una neutralidad simpática y favorable para aquellos..., pero nada más.

Creo que no hay por qué hablar de la posibilidad de que España intervenga en la guerra. ¿En qué terrenos iba a desarrollarse esta guerra? ¿Dónde estaría su frente de combate, si somos la única nación de Europa que no tiene frontera alguna terrestre ni marítima con los imperios turco germánicos? ¿Con qué podríamos resarcirnos de los gastos de la guerra?

Esto que digo ahora lo he dicho desde que llegué a Madrid en todas mis conversaciones, y lo dije en París públicamente.

Si los que fantasean sobre mi persona desde hace cuatro días se hubiesen tomado la molestia de leer lo que he escrito o dicho a propósito de la guerra desde hace muchos meses, sabrían que di en París una conferencia, titulada «El mundo español y Francia», ante un público selecto, y en ella manifesté que toda la España liberal miraba con simpatía la causa de los aliados y deseaba su triunfo; pero que nuestro país no podía intervenir en la guerra por su posición geográfica, por su carencia de intereses directos, etc.

Como se ve, hace tiempo dije lo que repito hoy, y lo dije donde esta franqueza leal no podía proporcionarme ninguna ventaja.

Soy amigo entusiasta de la República francesa, admiro al pueblo francés y a sus gobernantes, deseo para esta noble nación el apoyo y las simpatías de mi patria...; pero no por esto deseo que España intervenga en la guerra ni creo esta intervención posible. Es más (y con

esto emito una opinión personal): creo igualmente que en Francia nadie ha soñado con incitar a España a que entre en la guerra, pues todos saben o presienten que esto no es posible.

También expongo, como una observación personal hecha en los últimos días, mi creencia de que aquí exageran unos y otros la importancia que tiene España para el resto de Europa en los presentes momentos y la valía e intensidad de nuestros medios ofensivos.

Conste que soy enemigo (no de ahora, sino de hace algunos meses) de que España intervenga en la guerra. En el caso de una provocación directa e ineludible, yo la arrostraría como todo español; pero mientras esto no ocurra, deseo que todo se limite a apoyos morales, pues no estamos para otra cosa.

Pierden el tiempo los reaccionarios que «por fines políticos, por saciar antiguos rencores de partido», pretenden presentarme como no soy. Es inútil que dirijan llamamientos a las madres; yo también tengo hijos. Es superfluo que hablen de los horrores de la guerra; los conozco mejor que todos ellos, pues acabo de verlos de cerca.

Para terminar. Siento mucho que no sea cierto lo de los millones; y no lo lamento por mí, sino por las valiosas adquisiciones que hubiera podido hacer entre las gentes que parecen emocionadas por esta noticia.

Desgraciadamente, soy un simple escritor que no lleva otro dinero que el suyo, y en la cantidad necesaria para los gastos del viaje.

Un abrazo de su afectísimo amigo.